



CUADERNO 5.º

ABRIL DE 1918

DIRECTOR:

JORGE M. ROHDE

SUMARIO

El "Colegio Novecentista" y el catolicismo.....	C. N.
✓ La revisión de nuestro pasado.....	Rómulo D. Carbia
El problema educacional	B. Ventura Pessolano
Versos.....	Jorge M. Rohde
El "dilettantismo" en la vida jurídica.....	A. J. Rodríguez
Exposición Blanes Viale	Alberto Britos Muñoz
Paul Groussac.....	Adolfo Kern Villafañe
El conflicto universitario de Córdoba.....	C. N.

BIBLIOGRAFIA: Los Coloniales, de Ricardo Rojas.—
La otra Arcadia, de Teófilo de Sais.—Impresiones,
de Alberto Britos Muñoz. Griselda, de Moisés Kantor.

NOTAS:—"Novecentismo", de Adolfo Bazán.—Frente
al "Novecentismo", de Gonzalo Muñoz Montoro.—
"Cuadernos" del Colegio Novecentista, de la revista
"Ideas"

Colegio Novecentista

CUADERNO 5.º

Buenos Aires

Abril 1918

EL COLEGIO NOVECENTISTA Y EL CATOLICISMO

Nuestros enemigos, y los que sin serlo parece que encuentran placer en declararse como tales, han explotado en contra del Colegio Novecentista el vulgar argumento de sindicarlo como una asociación militante de propaganda religiosa. Para los que no han leído con detenimiento los "Cuadernos" hasta ahora publicados, donde paulatinamente hemos definido nuestra actitud ideológica, volvemos a recordar—y ahora en términos llanos para que cualquier interpretación aviesa se desprestigie a sí misma—que no formamos una institución católica, ni de ninguna índole religiosa.

El problema teológico como sentimiento lo dejamos librado al criterio individual y entendemos que nuestra condición de novecentistas nos impone la más amplia tolerancia y

el más profundo respeto por cualquier convicción religiosa o antirreligiosa.

El Novecentismo no exigirá nunca de sus asociados, ninguna profesión de fe que no sea el idealismo que proclama como principio filosófico, la moralidad como acción de conducta y la libertad de pensamiento en cualquier disciplina de espíritu.

EL COLEGIO NOVECENTISTA.

Rómulo D. Carbó

LA REVISIÓN DE NUESTRO PASADO

No se discute ya que un grupo de estudiosos, cuyas ideas nada tienen de comunes con las de aquellos que en el siglo último intentaron historiar la vida que el país iba dejando atrás, ha iniciado, con éxito, la revisión total de nuestro pasado histórico. La tarea, motejada de iconoclasta por cuantos usufructúan la fábula, que ha adjudicado valores al montón, responde a ideales que si de algo se hallan cerca, es, precisamente, de cuanto en el orden filosófico y en el de las ideas generales, ha dado origen y da vida, ahora, al Novecentismo. Cuál objetivo persiga la que alguien ha llamado: *nueva escuela histórica*, puede ser fácilmente advertido por quien, con el espíritu libre de prejuicios, ahonde en la lectura de cualquiera de los trabajos monográficos que proceden del grupo aludido en las primeras líneas. Un gran anhelo de verdad trasuntan todos ellos. Verdad en el detalle y verdad en el tronco de las cosas. Toda la información es pasada allí por el tamiz de la crítica, que lo mismo baja a la minucia paleográfica o se detiene en el problema heurístico, que se remonta a las delicadas especulaciones de la crítica interna. Hay afán de conocer el pasado tal cual fué, colocar cada suceso dentro de la «serie histórica» a que pertenece, y discernir a cada hombre el justo valor que le es propio. Aseméjase, sincerícamente,

la labor ya realizada y la que está en vísperas de serlo, a la tarea arqueológica de los que han reconstruido los restos de la cultura antigua, y a quienes ni un solo instante ha dejado de inspirar el deseo de «rehacer» los objetos, exactamente como fueron en el pasado. Cualquier enmienda, aún la que pudiera ser dictada por un propósito estético, devirtuaría toda la obra y la haría rotundamente fútil. Los hombres que en la actualidad trabajan en la revisión del pasado histórico argentino, anhelan conocerlo con la más escrupulosa exactitud que permita la falibilidad de la condición humana, por las mismas razones en las que finea el carácter de la tarea arqueológica recientemente recordada. Si tal propósito tiene o no finalidad práctica, no es asunto que merezca ser tratado, sobre todo para cuantos consideren que el afán de verdad — de la que luego emanan la justicia, el derecho y todas las entidades metafísicas — es el gran conductor de la obra. Que ella está justificada, lo dirá bien quien conozca la bibliografía histórica argentina y quien haya parado mientes en cuanto, en todos los órdenes de la vida nacional, ha derivado de esos libros. Héroes de discutible autenticidad, hazañas de quilates no denunciados por la piedra de toque de la crítica, personajes lanzados a la circulación sin más escudo que el cariño de una prole extendida e influyente, todo eso que forma el acervo del contenido de nuestra historia conocida, estaba reclamando análisis. Por otra parte, escritos los libros en cuestión por los actores del suceso histórico o sus hijos, no fué osado colocar interrogantes sobre cada una de las afirmaciones contenidas en ellos, desde que era ló-

gicamente sospechable que habían antepuesto a la verdad las conveniencias de la gloria póstuma.

Y con ser esto suficiente para explicar la revisión, no es, sin embargo, todo, ni es lo más fundamental. Una deficiencia grave notábase en nuestra bibliografía. La constituía el excesivo carácter de gesta que presentaba toda la narración del pasado, a extremo de antojarse a muchos que nuestro país, antes de ahora, no había sido otra cosa que un vasto campamento. Nuestros historiadores sólo nos han exhibido el aspecto militar de la historia patria, volcando desprecio sobre lo que no ha tenido vinculación con las guerras y con los generales. Fuera de lo así clasificado, ningún otro factor, de los que jugaron papel preponderante en el compuesto de nuestro pasado, ha merecido atención. Y débese a ello la unilateralidad de todas las conclusiones, antes aceptadas como dogmáticas. A tales defectos de visión, de objetivo y de criterio, hay que agregar los que proceden de la técnica y del concepto de la historia, que fueron propios de nuestros historiadores del siglo pasado y de los primeros años del actual. De esta suerte, aún careciendo sus libros de todas aquellas lacras ya señaladas, nuestra historia debía ser reconstruida de nuevo, de conformidad con las disciplinas que ahora encauzan la materia. Y hacia tal rumbo marcha la nueva escuela histórica de nuestro país. Cuáles sean las diferencias que en orden a la técnica y al concepto de los estudios existen entre los del siglo pasado y los del nuestro, es asunto demasiado conocido para que resulte necesario establecerlo. Así y todo, no estará demás que recuerde, que mientras los hombres del mil ochocientos adjudicaron a la historia el papel de

«maestra de la vida», e indicaron su estudio como el de una disciplina excelente para la especulación ética, los del presente opinan de manera diversa. La historia es conceptuada hoy como una ciencia que logra formular *leyes abstractas de manifestaciones que concurren a su formación*, y puede figurar en el conjunto de las disciplinas que, como la geología, estudian fenómenos de sucesión, *siempre únicos y característicos*, y que para merecer la consideración de un análisis, no han menester de más.

Y queda así explicado el por qué y la finalidad de la revisión histórica del pasado argentino, actualmente en plena ejecución.

RÓMULO D. CARBIA

Junio, 1918.

Hasta acá

EL PROBLEMA EDUCACIONAL.

Hace setenta años, cuando a raíz de sus viajes por Europa y los Estados Unidos, Sarmiento elevó al gobierno de Chile su informe sobre enseñanza pública, conocido con el título de «Educación Popular», la política educacional hispanoamericana tenía títulos más que meritorios, al proponerse como *mínimum* de acción extinguir el analfabetismo. Entendíalo así el gran luchador argentino y por cierto que la perentoria necesidad de ilustrar al pueblo, necesidad más continental que chilena, se definía en aquel trabajo en términos tan exactos y adelantábase una solución tan eficaz, que la crítica histórica no ha trepidado en calificar de magistral el libro.

Treinta años más tarde, desde la presidencia de la República, su autor no hizo más que realizar paulatinamente y con firmeza las teorías esbozadas en Chile y no hubo argentino ilustre que no proclamara suyo el ideal de Sarmiento, tanto que si el problema cultural, así entendido, no es todavía cuestión resuelta ni mucho menos, debe culparse de

ello más que a los gobernantes a la extensión territorial de la República, a su idiosincrasia política y no poco a las vicisitudes históricas del país.

Pero setenta años corridos desde entonces y el engrandecimiento nacional, han complicado el problema de la cultura al extremo de que una política que hoy nos formulara sus propósitos educacionales en iguales términos, es decir, extinción del analfabetismo, resultaría ineficaz en la obra de la grandeza colectiva. Sobran razones para pedir que el Estado vea en la escuela objetivos de mayores proyecciones que los actuales y crea que ya no basta enseñar a leer y escribir, sin perjuicio de que el porcentaje alarmante de analfabetos que arrojan las estadísticas, le obligue una acción especial en este sentido. Urge que además de los rudimentos científicos de inmediata utilización, que mal o bien inculcan nuestros colegios, los fines educadores de la escuela se extiendan más allá de las inmediatas consecuencias utilitarias y se le dé a la institución docente todo el significado que tiene en los pueblos democráticos.

Una racha de saludable inquietud sopla desde hace tiempo sobre todos los ámbitos del país. Pensadores y maestros están ya contestes en reconocer la necesidad de una revisión de postulados y principios educacionales y aunque entienden con muy distintos criterios cómo ha de realizarse esta revisión, algo ya se adelanta aceptándola en principio.

En estos últimos tiempos han surgido algunas iniciativas prácticas. En el ambiente universitario, además de las reformas en Córdoba — tardío espaldar que no pudo impedir el estrepitoso derrumbe de su viejo edificio — las facultades de Buenos Aires han elevado a los Consejos Directivos hasta seis proyectos, y aunque nada de transcendencia se proponen, a no ser la rehabilitación de respetables derechos individuales, bueno es ya empezar por algo. Otro tanto puede decirse de la Universidad de La Plata, cuya próxima conferencia docente será, seguramente, de gran interés, a juzgar por las proposiciones que van a discutirse.

La Federación Universitaria Argentina prepara a su vez un congreso estudiantil, los centros confederados delínean reformas, y todo, en fin, nos comprueba que en la Universidad hay algo marchito, anaerónico — llámesele métodos, espíritu, lo que se quiera — que cae por propia gravitación.

No es menos inquietante la situación en las escuelas primarias y colegios nacionales. Vieja es, como se sabe, nuestra manía argentina de reglamentar con espíritu puntilloso toda manifestación de vida colectiva, pero nunca como ahora el inveterado formulismo ha ido tan lejos. El afán innovador se traduce día a día en decretos y reglamentaciones de toda índole, desde el inofensivo reparto horario, que casi siempre es el campo predilecto de los escarceos pedagógicos, hasta las reformas

orgánicas», así como suena, que se proyectan por cientos en cuantas oficinas didácticas tiene el país.

Conviene recordar que contamos con un sinnúmero de asociaciones que directa o indirectamente hacen profesión de fe educacional, y aunque muy a menudo los títulos bamboleros que se adjudican las tales asociaciones, mal ocultan el interés apremiante de un mutualismo que resguarde a sus adeptos de los vaivenes políticos o gestione remuneración más justiciera que la actual, ellas también proyectan y en consecuencia no le podemos negar valor como hecho sintomático.

Es claro que no han de salir de sus mesas de estudio aquellas ideas luminosas que dieron tan justa fama a sus similares francesas y alemanas del siglo XIX, puesto que, excepto una que otra, ellas no abordan problemas que no sean, la dignificación del magisterio por el aumento de sueldo, v. gr., o proyectos de escalafón profesional, pero como dijimos más arriba, hablan de una renovación y por lo tanto merecen ser citadas.

Añádase a lo dicho hasta ahora que nuestra bibliografía pedagógica aumenta día a día, y que cuantos libros o folletos salen a luz insisten sobre la revisión de valores educacionales, y veremos que tácita o explícitamente todos están de acuerdo sobre ella, aun más, hasta reconocen, que esa revisión es urgente, casi imposterizable.

Esta primera proposición nos autoriza a formular una segunda: la escuela argentina, como insti-

tución indispensable para nuestra vida democrática, o ha fracasado, o ya no responde a las nuevas necesidades individuales y sociales de la nación.

Si entendemos por «escuela» una casa donde se enseña a leer y escribir o donde se inculcan rudimentos científicos de inmediata o mediata aplicación en la vida diaria, la escuela, lejos de fracasar ha hecho en la República verdaderas maravillas.

Comparadas nuestras estadísticas escolares con las de pueblos más civilizados que el nuestro, resulta alarmantes, pero si contemplamos con mirada retrospectiva, no diremos la cultura nacional desde el 53, sino la de veinte años a esta parte, veremos que pocos países han hecho y hacen lo que el Estado Argentino por la regeneración de las masas. Todo lo existente en el país en materia educacional es obra del Estado, puesto que aquí la filantropía no tiene como en los Estados Unidos, por ejemplo, esos rasgos sublimes que se traducen en cuantiosas donaciones para el tesoro escolar. Son raras, de rareza excepcional, las fortunas que en la República destinan alguna obvención para las escuelas, quizás porque falta entre nosotros el concepto de la solidaridad nacional.

Es cierto que el analfabetismo sigue siendo, a pesar de nuestra enseñanza obligatoria y gratuita, un problema cuya gravedad no disimulan nuestros hombres de gobierno, pero no se puede desconocer que su porcentaje merma poco a poco, como que en

definitiva es más que nada una cuestión económica y de tiempo. En el sentido de transmitir nociones generales, la escuela no ha fracasado, pues, y si de ella no hemos aún recogido los frutos anhelados, cúlpese de esto a factores físicos y económicos que no nos es dado eliminar.

Si la escuela, en cambio, es algo más que un laboratorio de aprendizaje o un taller de manualidades como nos la definen algunos educadores; si la escuela es lo que significa en el sentido histórico de la palabra, que traducido en términos objetivos podría decirse con los antiguos símiles, yunque que forja conciencias y que modela espíritus y chispa creadora con cuyo calor germinan las fuerzas latentes del alma humana, la escuela argentina no ha respondido a sus altas finalidades.

Una revisión de valores educacionales debe proponerse, en consecuencia, como asunto previo a cualquier otro, el de las finalidades escolares. Esta es proposición anterior y resolverla significa adelantar la justa solución de las que pudieran presentarse en lo sucesivo. Pero entiéndase que no ha de ser con revisiones reglamentarias ni con simples cambios formales como daremos con el secreto de nuestras inquietudes. Veinte años hace que el gobierno se afana, siguiendo un camino desierta, en nuestro sentir, por realizar esta renovación. Nada han conseguido, en efecto, las llamadas «formas orgánicas» de González y Saavedra Lamas,

para referirnos sólo a las que originaron mayores polémicas, porque supusieron bueno un estado de cosas y creyeron que con ajustamientos en el mecanismo técnico de la enseñanza se resolvía el problema fundamental.

Comencemos por decir que cualquier innovación ha de ser en el espíritu mismo de la escuela. Sus propósitos utilitarios actuales ya no responden a nuestras necesidades de pueblo que debe engrandecerse y purificarse con lustraciones idealistas.

Ese positivismo que se abroqueló detrás de las paredes de nuestras escuelas necesita renovar sus gastados conceptos de la vida con nueva savia. Revisémosle sus postulados, sin prejuicios banderizos para no negarle lo que tiene de bueno, revisémosle todo aquel cuerpo de doctrina que ha impuesto como verdad suprema, y fácil nos será comprobar que su desacrecreditada filosofía no ha de darnos la fórmula para realizar una conciencia nacional.

Formar una conciencia nacional, hacernos de modalidades de espíritu que nos distinga de los pueblos que nos siguen conceptuando «su granero», según la aúlica expresión, probablemente irónica, de Anatole France, debe ser la premisa mayor de cualquier educación argentina.

Construido el edificio escolar sobre una armazón científica, nuestra institución docente no conseguirá nunca ese ideal generoso que hace unos años Ricardo Rojas exponía, con admirable precisión, en la Restauración Nacionalista.

Es tiempo de que esta obra sea leída sin prejuicios y no se vea en ella lo que creyó hallar la crítica periodística, al juzgarla con su ligereza habitual: odio a las ciencias y a los métodos positivistas. Lo que a Rojas le preocupaba, en asuntos educacionales, era la preparación ciudadana del argentino, que no hacen, ni en mayor ni en menor grado, las escuelas nacionales. En cambio nuestros colegios vistos de cerca parecen la experimentación de los principios que Herbert Spencer expuso en su difundida obra sobre educación. Sabido es que el filósofo inglés pretendió hacer, con dogmatismo utilitario, una escala de los valores del conocimiento y sus aplicaciones prácticas, donde colma la nota su amor al concepto de la vida.

Matemáticas y ciencia son para Spencer las disciplinas educadoras del espíritu; matemáticas y ciencia las que nos guían en la búsqueda de la felicidad sobre la tierra y en cambio conocimientos inútiles son los que pueden ofrecernos los estudios teleológicos. Estos quedan al margen de la famosa escala, dentro de los aledaños del hogar o librados a la acción del medio ambiente, como algo que integra la cultura humana, a título de perfectibilidad, pero cuyas sugerencias no son indispensables, en la vida diaria.

De acuerdo con la pauta spenceriana organizaron nuestros pedagogos la enseñanza pública y al prescindir de valores estéticos, edificaron una es-

cuela de armazón científica, amoral, fría, triste, en cuyo frontis el *Vitam impendere vero*, del filósofo ginebrino, fué sustituido por un lema de renunciamiento deliberado: «Educar es adaptar el individuo al medio en que vive».

Estos educadores positivistas que huyen de la metafísica y reniegan de los famosos Universales de la Edad Media, que sonríen con amable displiencia de las causas primeras, sin perjuicio de rendirles, de cuando en cuando, sus homenajes, lo mismo que hacía con la rana el topo del poema griego, postulan, como se ve, una verdad suprema: «el ambiente es algo anterior e inconcuso, a cuyas exigencias debe condicionarse la personalidad humana».

Toda docencia oficial a ello se dedica; con esa intención fueron escritos planes, programas y horarios y a fuerza de extremar la nota hasta rebasar el modelo inglés, hemos convertido la escuela en taller y laboratorio, donde la *heurística*, limita las inteligencias infantiles a la realidad, enseñándoles que la experiencia es el único elemento valadero del juicio.

Ya es tiempo de que a esas definiciones «biológicas» que corren por los bancos de las escuelas normales, con patente del Estado, le enfrentemos la fórmula kantiana, según la cual educar es poner a la naturaleza humana en condiciones de realizar

toda la perfección de que es capaz; más noble y amplia, como se ve, que la propuesta en nuestros textos escolares de pedagogía.

Ella no presupone medio ambiente físico o moral sino que, por el contrario, postula la libertad individual y el libre desarrollo de la personalidad. Tampoco propone una calificación de conocimientos según la utilidad inmediata, puesto que adjudica a los valores humanos, a todos por igual, la importancia que tienen en la formación del carácter, único y fundamental objetivo de la educación para el filósofo de Koenisberg.

Se nos dirá que también el positivismo tiene como finalidad educativa la formación del carácter, pero a ello respondemos que siendo éste resumen de valores integrales, no puede conseguirlo — y no lo ha conseguido en el caso argentino — porque prescinde de elementos éticos y estéticos sin los cuales es inconcebible la cultura; aparte de que el positivismo inficionó el concepto de la palabra «carácter» con su utilitarismo vergonzante.

Volviendo al caso argentino y a su escuela oficial, entendemos que ella debe tener como finalidad la formación de la conciencia y del carácter nacionales. De vivir el europeizante Sarmiento, seguramente, no sería otra su fórmula educativa.

Todos los pueblos fuertes de la tierra entienden así el problema de la cultura y no es otro el tradicional propósito de la *home education* de los in-

gícos o el espíritu de los *realschulen* alemanes, para citar únicamente dos tipos clásicos de educación.

Es cierto que nuestros programas y planes escolares hablan de esta formación de la conciencia nacional, pero dígalo el maestro que enseña o el pensador que medita, si ha de conseguirlo una escuela que dedica 16 horas semanales a ciencias y matemáticas y apenas una media hora a la enseñanza de la Constitución Nacional y dos horas a la historia patria, incluyendo en ellas el tiempo que los métodos de observación obligan dedicar a gráficas y mapas. ¿Acaso ha de formar conciencias una escuela que prescinde de la Moral, como disciplina especulativa y de la enseñanza estética como fuente de las más nobles emociones del alma humana? ¿Ha de subsanarse el error con esa media hora que todas las semanas dedican nuestras escuelas a la enseñanza de la *moral práctica*, expresión híbrida que se entiende, poco más o menos, como la entendía el ingenuo abate Saint-Pierre, en el siglo XVIII? Añádanse a esto nuestros malos textos escolares (1), y el espíritu materialista con que se enseñan estas asignaturas y comprenderemos por qué nuestras escuelas no han conseguido nada en la formación de la conciencia nacional.

(1) Ya estaba en prensa este artículo cuando leímos un notable trabajo del distinguido historiador Dr. Eómulo D. Carbiá titulado "Los malos textos escolares", donde abundan ejemplos concretos. ("Nosotros" N. 110, pág. 254 y siguientes).

Educar al ciudadano, inculcar la idea de que en toda democracia el interés individual vive supeditado al de la sociedad, por cuyo bienestar debemos ir hasta el sacrificio, no porque nos lo mande la ley sino porque nos lo prescribe la conciencia y sugerir por último en todos los espíritus la noción fundamental de que en cada uno de nosotros existe un «yo», independiente de causas físicas, dueño de su voluntad y responsable de sus actos, deben ser los objetivos primordiales de nuestras escuelas. Y agregamos que esos objetivos no han de conseguirse mientras a la ciencia que enseñan no la sostenga un fuerte sedimento de factores morales y estéticos.

Es urgente que ese pequeño egoísta a quien la escuela educa en medio del determinismo de las ciencias o del racionalismo matemático, se purifique con el agua lustral de los estudios desinteresados y adquiera en edad temprana ideas generosas que iluminen su futura existencia de hombre, de padre y de ciudadano. Que ese ese utilitarismo brutal que a fuerza de repetirse termina por enervar los más nobles sentimientos y obligarnos a ver en el condiscípulo o en el camarada el futuro rival en las luchas por la vida. Que la escuela sea la linfa pura en cuyas aguas se deslicen las sales amargas que las corrientes domésticas y sociales llevan a su cauce y cuando sepamos ver en cada edificio escolar un vértice que reúne en un solo haz de luces

millares de aristas que a él convergen como en una suprema aspiración de cumbre, la escuela será el templo en cuyas aras, como en los secretos Eleusinos, se oficie el rito milagroso de la tierra.

Recién entonces tendrá el Estado derecho de mirar en su docencia oficial el colegio nacionalista, en cuyas aulas se conjure el peligro inmigratorio y la heterogeneidad étnica, al tiempo que se infiltre en las generaciones el principio de la solidaridad territorial y ética, indispensable para la vida de los pueblo de *aluvión* como el nuestro.

Planes, programas, horarios y hasta ley orgánica del profesorado, son temas interesantes, que sufrirán revisiones, a su vez, pero ellos implican la solución previa de una escuela como institución democrática y nada adelantará el gobierno por la vieja ruta de los apuntalamientos y reglamentaciones sobre fruslerías técnicas, en que sigue empeñado, ni conseguirán nada las asociaciones docentes, algunas de las cuales colocan en planos inferiores este asunto, planteándolo como una mera cuestión de proletariado profesional.

Ya no basta, pues, enseñar a leer y escribir. La política de Sarmiento ha llenado su misión histórica, y por eso es grande el ilustre pensador que la formuló. Los tiempos actuales exigen más, mucho más, y así como el Imperio Romano recordaba a sus ciudadanos, a todas horas, que habían nacido

para dominar el mundo, por razón de su cultura y su fuerza, recuerde nuestra democracia a los suyos que tienen como misión sobre la tierra, engrandecer la patria con la formación del espíritu nacional.

B. VENTURA PESSOLANO.

VENUS DE MILO

*Tu marches, fièvre et nue, et le monde palpita,
Et le monde est à toi, Déesse aux larges flancs!*

LECONTE DE LISLE.

¡El mundo griego en tu mirar se enciende,
Venus divina, de la gracia reina;
De la hermosura del sagrado Paros
Símbolo eterno!

Pasan los siglos... y el sublime soplo
De Hélade madre el corazón penetra:
De la armonía el inmortal secreto
Ella lo irradia.

¡Venus divina! a bárbaras edades
Ofreces el milagro de la tierra
De los humanos dioses y los áltos,
Íncultos, hombres.

¡Venus divina! en tu mirar sereno
Sentí crecer la chispa que en mi espíritu
Halló dominadora un tabernáculo:
Puesto en tu gloria.

Encienda siempre el cálido deseo
De la belleza antigua, la armonía
Y la verdad, ¡oh diosa de la gracia!
Amplia tu lumbré.

Encienda el culto de la Grecia ilustre:
De los azules montes, del sereno
Límpido cielo, tu mármorea imagen,
¡Cándida diosa!

Por tí el cerúleo mar hondo resuena,
Píndaro entone el varonil acento;
El amoroso ritmo por tí cante
Miserá Safo.

Por tí los dioses sin cesar visiten
El Partenón de la pasada gloria;
Y que otra vez de Palas Atenea
La égida impere.

¡Diosa! por tí se extienda sobre el mundo
El inmortal fulgor de tu colina;
Por tí las mentes lúgubres, cansadas,
Sientan la fuerza.

¡Tú, que eres diosa del amor, del ritmo
Y la belleza, tú, que en Milo isleña
Viste la luz, de mi nativo cielo
Rige los astros!

NUEVO CANTO

Sobre los campos de la vieja Europa
Se anuncia la orfandad, el luto y queja:
El mal tendió las alas del infausto,
Lúgubres, lívidas...

Cual vagabunda la justicia implora
Cabe el hogar destruido, la porfía
Sostiene fueros en la fuerza bruta:
Hiena así hartada.

Cavan la fosa sin alzar la frente
Al inmutable y estrellado cielo,
En fraticida lucha, los humanos
Hijos del Hombre.

¡Oh Patria! sobre el rojo, moribundo
Ocaso de caduca Europa, se alza
La prometida luz: en vario giro
Nuncio de gloria.

¡Oh Patria! asoma luz de la latina
Gente sobre los níveos, escarpados
Andes, ¡asoma luz sobre tu yelmo
De indiana virgen!

Asoma luz del apolíneo fuego,
Amor del Inca y de la raza numen:
Fulgente sol que nos condujo el alba
Del sacro Mayo.

¡Oh sol, augur de la Argentina gloria,
Nada mayor que los nativos fastos
Vele tu curso en el tendido cielo:
Límpido, ingente!

Por tí preñado campo dé maduros
Frutos y opima mies; por tí el ganado
Medre sobre movable y ondulante
Oro de espigas;

A tu quemante beso la familia
Del labrador aumente, y en la brega
Anime tu caricia el desmayado
Cuerpo vencido.

¡Salve, oh sol, que a iluminarnos llegas
Desde la noche de la vieja Europa,
Entretejiendo helénicos fulgores
De ínclita lumbre!

Cuelga tu manto en la nevada cima,
Y penetra las almas de amargura
Y de miseria albergue. ¡Venza el rayo
La hórrida idea!

Fecunda el arte, ¡oh sol de las incaicas
Y helénicas edades! La belleza
Como el Renacimiento de tu abrazo
Surja de luces.

Cual la sintieron el cantor del Tormes,
Del olímpico Ciego, y los Sepulcros,
Suene, como en el alma de Leopardi,
La voz del arte.

¡Venga el poeta de progenie nueva
A sumergirse en la solar caricia,
Y él en la lira septícorde entone
Férvido carmen!

¡Venga el cantor de la Argentina tierra:
Rápsoda de su gesta y de su suerte
Enamorado augur! Acuerde el canto
Jónicas notas...

JÓRGE M. RONDE.

EL DILETTANTISMO

EN LA VIDA JURÍDICA

Hay en el ambiente de nuestra vida jurídica, como una emanación que produce un estado de ensueño; semejante, sería, al que logran los fumadores de opio, que gozan de su propia fantasía como si fuera su realidad. Todos los afanes se traducen en mariposeos ineficaces, que saeuden un poco y luego vuelven a dejar todo en la misma somnolencia de antes. Es un estado intermedio entre el completo abandono y el afán de hacer algo, es el estado contemplativo, en el que se deja al tiempo, gran faenador de todas las transformaciones, lo que precisa de la constante acción del individuo.

En este orden jurídico se hace notar, doblemente, esa falta de acción colectiva. Los magistrados cumplen su honrada tarea de repartir justicia mecánicamente; en la sugestión de su infalibilidad, de la que están poseídos en alto grado, en perjuicio del derecho científico, se convierten en simples oficinistas para los que una sentencia es como una nota, que ni precisa innovaciones ni reclama mayor apuro. En raras oportunidades aportan éstas conceptos jurídicos fundamentales; parecería así que

la tarea principal, la verdadera labor se abandonara al abogado, pero como éstos, convencidos de que sus esfuerzos sólo algunas veces encuentran eco, tampoco trabajan y dejan que sus alegatos acumulen rutina sobre rutina. Ambos son culpables de este *dilettantismo jurídico*, que sería bien grave sino fueran las honrosas excepciones que salvan los valores científicos y aportan nuevos que afortunadamente se interpretan.

Dilettantismo porque al fin y al cabo hay intenciones y algunos esfuerzos: todos se dan cuenta de lo necesario que es en la vida jurídica de un pueblo la evolución; *dilettantismo* porque hay el anhelo de renovar y está difusa, imprecisa, casi inexistente la «idea que encauce y gobierne», está «defraudado por la parálisis de la voluntad que lo retiene en los límites de la actitud contemplativa», repitiendo las palabras precisas que Rodó usa para dar su concepto.

«Un derecho concreto, que invoca su existencia para pretender una duración ilimitada, la inmortalidad, ha dicho Ihering, recuerda al hijo que levanta el brazo contra su madre; menosprecia la idea del derecho, sobre la cual se apoya, porque el derecho será eternamente el mudar. Y este *perpetuo devenir* del derecho, no lo detiene la ley, que no es más que el momento jurídico, la forma de la norma ética, y por tanto destinada a renovarse, condenada a la constante evolución. Desde luego,

la faena, larga e intensa, es para muchas generaciones, es bien cierto, pero sí, lo es más, que es para la *labor* de muchas generaciones, porque la acción del tiempo solamente destruye, pero no construye.

En buena hora los legisladores han dado un paso oportuno con la reforma del Código Penal, cuya necesidad se hacía sentir y cuya sanción se hace esperar; faltan aún otras reformas necesarias, la de la legislación civil y de la procesal, la de aquella lo reconocen los mismos contrarios que invocan fundamentales y buenas razones. El Código Civil Brasileño, ha influido, indiscutiblemente; la ciencia jurídica, que cuenta en el Brasil con tan prestigiosos apóstoles, se ha conmovido y ha sacudido un poco nuestra indolencia, se ha comprendido, conocida la forma en que se elaboró aquel nuevo código y teniendo noticias también de la del Civil Alemán, que ya no son épocas éstas en que se pueda entregar el trabajo a un solo hombre y que tampoco son para sancionar leyes o códigos a libro cerrado, y que es necesaria la mayor colaboración para que en realidad una ley pueda ser la manifestación exacta del momento jurídico de un pueblo.

A esa colaboración nada puede aportar tanto como una buena jurisprudencia; ella representa la realidad práctica del derecho, la aplicación del derecho teórico, de modo que tiene casi una impor-

tancia y transcendencia de ley, desde que siendo de ella la interpretación impersonal, fría, la disección de su concepto, su análisis, es el reflejo de su alcance, utilidad y eficacia. Tal la importancia de la jurisprudencia en la vida jurídica, de lo que se deduce el perjuicio de esta falta de acción, de éste nuestro *dilettantismo*.

Al fin, queda el consuelo de que este *dilettantismo* nos sostiene más cerca del anhelo de renovación que del sopor de los fumadores de opio.

A. J. RODRÍGUEZ.

Mayo, de 1918.

EXPOSICIÓN BLANES VIALE

Pocas veces nos ha sido dado contemplar, en este Buenos Aires, febril y despreocupado, un conjunto pictórico tan bello dentro de su variedad, como el que en meses pasados fué expuesto por el pintor uruguayo Pedro Blanes Viale en los salones del Retiro. Y pocas veces, también, los exquisitos a la violeta recibieron más severa lección de equilibrada estética, puesto que allí, en esos cuadros, ricos de color, palpitaba al propio tiempo que un fuerte sentido realista de la naturaleza, un alado idealismo. Lejos de excluirse ambos, en mi sentir, se complementan al necesitarse mutuamente, como la llama precisa del combustible de cuyo seno brota.

Tal armonía esencial caracteriza la obra de Blanes Viale, destacándola con marcado relieve entre nuestra producción artística, híbrida y enfermiza, con muy honrosas excepciones. La sensibilidad del pintor siempre aperecebida al fecundo estremecimiento; siempre pronta a reaccionar con viveza frente al mar, a los árboles, al paisaje, en fin, se comporta como un prisma de mágico cristal, que sin deformar la realidad, ni alterar fantásticamente los colores, sólo la tornara más expresiva al espiritualizarla. Es así como se explica satisfactoriamente la perdurable y honda emoción que nos causaran los distintos panoramas del Yguazú, donde a la magnificencia propia de aquellas cataratas supo

agregar, quien las eternizó en la tela, la magnificencia de la propia visión.

Y este ideal plástico-interpretativo ha sido logrado sin acrobacias indignas y sin las sofisticaciones en boga. El volumen, la calidad, la solidez de las cosas se advierte y se siente en las telas a que nos referimos. Lo propio ocurre con el color en sí, y en sus infinitas relaciones de dependencia, nunca alteradas con un deliberado propósito de «asustar a los burgueses», antes bien conseguidas después de silenciosos coloquios con la naturaleza, que al decir de Rodin, basta con interrogarla para descubrir al punto los tesoros que esconde. Los paisajes de Mallorca; los ya citados del Yguazú, como tantos otros igualmente lujosos por su esplendor cromático y su fuerza emotiva, confirman lo que aseveramos.

Ante un panorama mallorquín, por ejemplo, donde las casitas blancas se perfilan sobre el mar azulado, quieto y manso sobre el cielo matinal, Blanes Viale ha experimentado, sin duda alguna, emoción de sosiego y de paz; de serenidad y de pureza. Y pintó el panorama subordinando la realidad exterior a la realidad subjetiva, pero sin traicionar a aquella, es decir, sin caricaturizarla, como lo quiere el desequilibrio de cierto concepto estético contemporáneo. Con ese único criterio por norma directriz, ha realizado todos los cuadros que tuvimos oportunidad de admirar hace ya algún tiempo en los salones de la plaza San Martín.

Se impone, desde luego, precisar también, la índole del espíritu interpretativo del artista, o para expresarlo en otros términos, el carácter de su capacidad receptiva. Es quizás lo que más nos interesa descubrir en las verdaderas obras de arte, por

cuanto en él está el fondo mismo de la personalidad.

Por la manera particular de encarar un asunto y desarrollarlo; por la forma grandiosa con que en sus cuadros todos se entrelazan las líneas principales y vibran los matices ajustándose a una tonalidad predominante; por la distribución, sabia, calculada y sentida de los elementos pictóricos — rama de árbol, flor o nube encendida — muéstranos el artista uruguayo como un decorador de pura cepa. Tal, pues, la modalidad importante que deseábamos precisar.

Pero aun hay más relacionado con el mismo tema: la predilección de Blanes Viale por lo pequeño, bello, claro está. Los pájaros, especialmente tentaron su pincel, y a fe que éste realizó maravillas sobre la tela.

Ruskin que fué, sin disputa, un panteísta de corazón, y que de haber sido pintor, el arte decorativo lo habría subyugado hasta el apasionamiento, opinaba que lo diminuto natural — piedrecillas, hierbas, mariposas, etc. — debían merecer la atención amorosa del artista. Y Ruskin estaba en lo cierto por cuanto siendo aquellos, elementos estéticos preciosos, prestan a la composición, o al paisaje pintado, carácter integral y aspecto soberano a un mismo tiempo. El prerrafaelismo que se ciñó a tales principios es una prueba del valor de los mismos, en cuanto a su eficacia decorativa se refiere.

Sugestionado por la encantadora policromía de los pájaros propios de la región misionera, el pintor que nos ocupa le rindió el tributo de amor de los pinceles suyos, como ya queda dicho. Tributo de amor y de poesía porque a uno de los cuadros

más imponentes de la exposición, lo bautizaba con el lírico título un pajarillo azul posado en el ramaje como si fuera el alma alada de aquel trozo magnífico de naturaleza.

Y otra manifestación que revela también el decorador, de suyo imaginativo, la encontramos en las sirenas que entre las aguas verde-esmeralda del mar costanero, muestran, veladamente, los flexibles cuerpos aguzados en cola de delfín.

En síntesis y para terminar: poesía y verdad se adunan en la obra de Blanes Viale, a la opulencia del colorido siempre justo y a la gracia de la línea, siempre sugerente. Significa, por otra parte esta hermandad peregrina, este triunfo del equilibrio armónico consecuente con un alto ideal de belleza, la prueba inconcusa de que para hacer obra de arte superior no es menester recurrir a la extravagancia y la exageración.

Repetimos: pocas veces nos ha sido dado contemplar un conjunto pictórico más interesante, aun cuando para cierto crítico anónimo y sin pizca de buen gusto, fuera poco menos que una mediocridad...!

ALBERTO BRITOS MUÑOZ.

PAUL GROUSSAC.

Antes he hablado de algunos profesores; hoy hablaré de un maestro. No buscamos refugiarnos bajo sus alas, intentamos volar al lado de él.

Su obra histórica habrá que rehacerla; el estilo y el hombre quedarán. Hoy sus contemporáneos le llaman el Injusto, mas las generaciones del futuro le aclamarán el Precursor.

Densas sombras cubrían mi patria. José Manuel Estrada había dejado su cátedra, porque era un hombre libre y bajo la influencia filosófica de Spencer se formaba una generación vulgar y sombría—la del 80—que acaso se llamará ella misma la generación de los arrepentidos.

Groussac no necesita arrepentirse. Estaba sólo entre ellos, pero puede decirles, bien alto, como un desafío, como un grito de guerra, como una bofetada: yo nunca fui positivista!

La humanidad, fatigada de ciencia popular y democracia vuelve a las inmortales fuentes griegas. Así yo torno a una vieja imagen

clásica que tiene para mi objeto la precisión y la claridad de la justicia: Groussac es un atleta que eleva una antorcha fulgurante.

Porque algunos al tocarla se quemaron, han creído que su luz sólo era nimbo de un fuego destructor. Y grande fué la algarabía. ¿Por qué no sustituían—ya que la repudiaban—esta antorcha de fuego que iluminó quemando con otra que iluminara sin quemar?

Groussac ya no se encuentra solo! Al lado de la suya, otras antorchas tímidas se encienden levantadas por manos y corazones juveniles. Ellos son los jueces y no callan la sentencia. Y ahora dicen: Groussac! de sombras hizo luz.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

EL CONFLICTO UNIVERSITARIO DE CÓRDOBA

Por ser el «Colegio Novacentista» una institución de idealismo militante, inspirada en la más amplia libertad de pensamiento, nada hay más conforme con su espíritu que las luchas de renovación.

Tratándose, pues, en el conflicto estudiantil cordobés, de un movimiento francamente progresista, el «Colegio» se adhiere a los revolucionarios, aplaude todos sus esfuerzos tendientes a derribar una anacrónica cultura y hace votos para que éste sea el comienzo de una reacción universitaria nacional, fecunda en los valores que corresponden a los tiempos modernos, cuyo advenimiento ha sido retardado entre nosotros, especialmente, por el general e inmerecido arraigo de la doctrina positivista, materialismo vergonzante que en pos del feticchismo mecanicista destruye con la libertad el valor de la misma personalidad humana.

En el «Colegio Novacentista» todo impulso de juventud encuentra un voto de aplauso y un gesto fraternal y todos los excesos juveniles el olvido y la discreción.

Con agrado declara pues su simpatía hacia aquellos compañeros de Córdoba que con decisión, firmeza y cultura realizan obra idealista.

EL COLEGIO NOVECENTISTA.

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía

RICARDO ROJAS—

Historia de la Literatura Argentina: II. Los Coloniales.—Un vol. de 662 págs. Buenos Aires, 1918.

Ocioso fuera tejer alabanzas a la obra de don Ricardo Rojas y su orientación ideológica dentro de la cultura del novecientos, en lo que nos atañe íntimamente: cuando llega henchida con el «sabor de la tierra» y oreada en larga y undosa brisa. Ricardo Rojas, dueño de un claro método, de una vasta cultura americana, de un amor de poeta por todo aquello que trasciende «argentinidad» en el más amplio sentido de la palabra; y, realizando sus virtudes, una visión sintética que ofrece, cuando se endereza hacia el pasado, escondidas perspectivas, y proyectada a lo futuro sazona y fortalece un juicio, y vincula, con secretos eslabones, el pensamiento que germinó ayer, pongo por caso, y el que se despliega hoy en gallardas rebeldías; Rojas, repito, se ha hecho acreedor, por todo ello, del respeto de esta generación que «siente» su obra y huella su ruta.

En «Los Gauchescos» se contempla la génesis de la conquista hispana y el florecimiento de la tierra nativa con el empuje nuevo del espíritu, de la sangre y del idioma: simiente que se propagó en la

yampa india y engendró una raza, cuyo romance plebeyo conserva, como en «ánfora ruda», el primitivo cantar de los gauchos.

Hoy en «Los Coloniales» se estudia «las raíces de la civilización europea, que España aclimató en tierra argentina» (1), y se penetra en los diversos períodos que informa dicha conquista: el militar, el espiritual, el de la sociedad de fines del siglo XVIII y el último que ilustra, con ideas y sentimientos nuevos, la emancipación. Cada «jornada» habría menester de un estudio detenido: tantos horizontes nos despeja y tanta documentación paleográfica nos ofrece. Rojas analiza la obra de los primitivos cronistas coloniales, desde el primero — ese enigmático Luis de Miranda, cuya genealogía es tan obscura y su producción intelectual harto fragmentaria —, que dejó en verso castellano sus impresiones sobre el río de Solís:

conquista la más ingrata
a su señor (2);

hasta el último que, con carácter oficial, lo fué de la compañía de Jesús: el padre José Guevara.

Quien desee estudiar la literatura argentina de los tiempos medios y tenga por única ley la norma estética, irremisiblemente se verá forzado a volver sobre sus pasos, pues en ella no encontrará la recompensa de sus afanes: la pura emoción artística que levanta el ánimo a altísimas esferas; pero quien piense que en la tierra nativa hay sugestiones — sin rendirse demasiado a Taine, por cierto —

(1).—Advertencia, pág. V.

(2).—Cap. I, pág. 78.

que indirectamente se reflejan en el frío texto del jesuita, o en la página de inventiva ruda del soldado obscuro, del capitán, o de la ignorada mujer, donde se refieren las penurias de la empresa o las mezquindades de la naciente comunidad —, lea a nuestros primitivos cronistas, y ya verá que surge del estilo ingenuo y desaliñado un hondo hechizo. Por virtud recóndita tales narraciones adquieren interés para el lector moderno, quien actualiza, como dice Croce (1), por medio de la intuición, los hechos del pasado; tan es así, que el documento histórico puede entrar, aunque se halle despojado de fantasía y de imágenes, en los dominios del arte. Por otro lado, Rojas ha dicho más de una vez desde la cátedra y lo ha repetido en sus obras, que hay un elemento que el historiador literario debe tener presente: la belleza moral que, con carácter inmutable, muchas veces se levanta a la altura de la belleza artística, sin subordinarse, por supuesto, la que mueve «las potencias inferiores de nuestro ser», diré en el ingrato lenguaje platónico, a la que rige la razón suprema enemiga de las gracias, a la cual se llega después de dominar por el bien y la verdad, uno de los corceles del carro alegórico del Fedro (2).

El capítulo dedicado al Inca Garcilaso de la Vega, es una hermosa página literaria, digna del clásico escritor cuzqueño: uno de los mayores, sin hipérbole, de la América colonial y de los más sabrosos del habla de Castilla. El admirable traductor de León Hebreo, ha encontrado en Rojas un

(1).—«Logica come scienza del concetto puro».—Bari, 1917.—Parte secondo, cap. III, pág. 100.

(2).—Platón. «Diálogos socráticos».—Madrid 1918.—, pág. 119.

amante intérprete de su obra y un generoso comentarista de su vida. Ese sentimiento inspirado por la patria nativa que despunta en los ilustres «Comentarios» del Inca, asoma, lo hace notar el autor de «Los Coloniales», en Ruy Díaz de Guzmán (1) y en Luis de Tejada (2): el peregrino poeta que en la Córdoba tomista, abrió una brecha a la razón para volcar en ella algo de la esencia que bulle en el verso levantado de don Luís de Góngora y Argote.

Estas regiones de América sufrieron durante la época colonial, en los centros de cultura, del rigorismo docente que achataba los espíritus en el rito aparatoso de la religión y en el vacuo retoricar de las letras. Aristóteles, el

Déspota rey de la conciencia humana (3), tenía su sede oficial dentro de la casa de Trejo y Sanabria; y el «domine» literario enseñaba sobre los textos divinos de Horacio las fórmulas del buen decir, los inflexibles cánones estéticos y, sobre todo, la nomenclatura mitológica. ¿Cómo iba medrar el arte en una sociedad que desterraba la fantasía, ahogaba el impulso creador y mecanizaba entendimientos, al vaciarse el espíritu en un idioma muerto? Recuerdo que Horacio ridiculiza a quienes emplean frases de idiomas extraños en sus discursos, y él mismo confiesa que alguna vez pretendió componer en griego sus odas, pero que la razón prevaleció en su pensamiento (4). En Córdoba «la docta» se escribía oficialmente en latín y se desdeñaba el

romanceo con el mismo gesto medioeval de los gramáticos impugnadores de Dante, y del nuevo espíritu que en el nuevo idioma se alentaba. Ahora bien, que a pesar del ambiente surja la obra literaria de Luis de Tejada, es prueba de que el genio — relativo en el presente caso — está más allá de imposiciones y de férulas y de que su vuelo es libre como el del águila. Buenaventura Suárez v. gr., construye en el fondo de las selvas misioneras sus aparatos astronómicos, utilizando, en vez de metal, el duro quebracho, y se comunica epistolarmente con los sabios de la época. Estos ejemplos ilustres, que tanto abundan en la historia, sirven para aplacar rencores que suscita el medio ambiente y para tener fe y constancia en el esfuerzo individual.

Rojas se detiene, con noble heroicidad, en el período cortesano del flamante virreinato: estudia sus manifestaciones culturales y saluda, con explicable júbilo, el primer verso henchido de emoción que se escuchó en el Plata: lo suelta la musa de Labardén. Antes de pasar al período subsiguiente, donde nos asombra un hélico estruendo e ideas que agitan la quieta superficie de la vida colonial, quisiera contemplar un punto que yo considero de profunda importancia: el ideal estético de la jornada que se inicia con un poeta tan pulcro como Juan Cruz Varela.

Nuestros poetas — a pesar de que canten la revolución, pues, como lo hace notar Rojas, sólo varía el contenido político dentro del molde idiomá-

(1).—Cap. IV. pág. 166.

(2).—Cap. VI. pág. 302.

(3).—Marcelino Menéndez y Pelayo. «Odas, epístolas y tragedias»,—Madrid 1906—, pág. 33.

(4).—Sátira X. l. 31—35.

tico, rutinariamente conservador (1) — emplean los mismos giros y los mismos vocablos de los peninsulares, a quienes apostrofan en sus oraciones cívicas. Las normas seudoclásicas se infiltran, como ya lo dije, en la enseñanza colonial; los poetas y prosadores del «Colegio Carolino», o de la «Universidad de Córdoba», remedan servilmente a los inmortales ingenios de la época de Augusto, sin penetrar, por cierto, en la esencia espiritual de sus modelos, en lo que ellos tengan de pasajero o de inmutable. Los hijos de Plata, como sus inmediatos antecesores de la España borbónica, desoyendo los esclarecidos exámetros: «¡Oh imitadores, rebaño servil, cuántas veces vuestros esfuerzos han sacudido mis entrañas, cuántas provocado mi risa!» (2), se entregan al canon pedestre que les dicta el Boileau castellano: don Ignacio Luzán. ¡Cuando se piensa que con la cultura clásica recibida, pues todos conocieron literalmente la obra de los dos amigos de Mecenas y de los demás «dioses menores», qué no habrían realizado si alguien les infunde el espíritu de la libertad creadora y no el de la precaria servidumbre! Si hubieran comprendido que la esencia individual es inimitable, en lo que ella tiene de más íntimo y profundo, y que de los grandes modelos só-

(1).—La demostración palpable de que los movimientos literarios no siempre coinciden con los sociales, la tenemos en el romanticismo francés, que erróneamente fué definido por Hugo en su fase estética, como un equivalente del liberalismo en política; como se sabe, a pesar de que el gorro de la libertad se viese en el diccionario de la Academia, o en la «Poética» de Boileau, la reacción sincrónica que se opera en el campo social, es eminentemente conservadora, sustentada por los principios del congreso de Viena de 1815.

(2).—Horacio. Epístola XIX. l. 19—20.

lo se nos entrega la forma: lo que es gracia perenne en la mísera Safo, o en el grandilocuente Píndaro; si hubieran escuchado al poeta dilecto de las musas: «Yo fui el primero que hizo conocer al Lacio los yambos del cantor de Paros, imitando la medida y el verbo de Arquíloco, no sus ideas y sus expresiones funestas a Lycambo» (1), sabrían que la forma para vivir y perdurar eternamente en el libro «que no se parece a ningún otro», ha menester del fuego individual, al fundirse, como el bronce, en aleación divina y misteriosa.

Nuestro López pagó tributo a la retórica imperante, entregándonos un «romanzón» que me atrevería a tildar, de nuevo, con el adjetivo tan zarandeado de un grande e ilustre maestro, adjetivo que a mi criterio Rojas lo deja en pie, magüer la buena intención que tiene en refutarlo. López olvidóse en «El triunfo Argentino» del concepto de la raza, de la tierra, y hasta de la patria, a pesar de ceñir la «máscara cívica», para sumergirse en los «azules golfos», o en los «reinos de Plutón y de la Noche», del círculo virgiliano. Luego Varela, el mayor poeta, sin duda, de educación colonial — como lo reconoce el historiador de la literatura argentina —, cuya voz muchas veces precursora del romanticismo eminente, debió impresionar el oído de la porteña o de la mediterránea de la ciudad docta; poeta que, como tiene genio lírico, logra desprenderse, un tanto, de la férula de Victorio Ahega, e imprimir personalidad a algunas de sus composiciones; en él se notan influencias de Quintana en el carácter social que dió a su poesía, de Leandro Moratín en la sultura de sus endecasílabos, v. gr.: «A Buenos Ai-

(1).—Horacio. op. cit. 29—25.

res con motivo de los trabajos hidráulicos ordenados por el gobierno» (1).

Como se sabe, las ideas del progreso y de la perfectibilidad humana, tienen cuna en la filosofía y en la literatura «finiseculares»: son sus representantes Condorcet, M^{me}. de Staël... Chénier, grande y armonioso, quien rinde falso tributo a la utopía del humano y creciente poderío (2); y hasta el lúgubre cantor de los «Sepulcros», entrega momentáneamente a la ley de la «perfectibilidad indefinida» el verso ebúrneo de «Le Grazie» (3). Estas tendencias filosóficas se recogen en la lira de Juan Cruz Varela y se hermanan, en cierto sentido, con el inato optimismo criollo; de ahí sus profecías a la grandeza de la ciudad natal; de ahí su culto perenne del progreso que, como hace notar Rojas, se vincula, esta vez, a la acción administrativa de Rivadavia; de ahí su fe en las fuerzas del hombre, omnímodo inventor de la «imprensa». Mas o menos en el mismo tiempo, (1835), el mayor lírico del mundo cantaba en versos inmortales, con tal efecto, la «Palinodia al Marchese Gino Capponi» (4).

En mi modesta opinión el estudio de Rojas, dedicado a Juan Cruz Varela, y en general a la escuela seudoclásica del coloniaje, desmerece del resto de la obra. Yo sé que el maestro argentino tiene una visión clara de lo que es el verdadero espíritu anti-

(1).—«Antología de poetas argentinos», por Juan de la C. Puig.—Buenos Aires 1910—tomo III, pág. 209.

(2).—«Poésies.—Paris—Hermes, pág. 250.

(3).—Foscolo. «Poésie»—Milano—pág. 72.

(4).—Leopardi. «I Canti»—Milano 1912—pág. 224.

guo (1), pero, a mi entender, no supo presentarnos con sus precisos tonos, la tendencia literaria del siglo XVIII español y europeo, reflejada en nuestro ambiente, diferenciándola de la luminosa escuela clásica que resurge en la época de Miguel Ángel y Rafael en Italia, y de Fr. Luis de León — astro que por su misma magnitud resplandece casi solitario —, en España. ¿Acaso no da lugar a confusiones si leemos que a «nuestros alumnos bastábales el viejo Horacio o el buen Luzán»? (2). ¿Cómo es posible equiparar dos nombres tan antagónicos — ¡y sin embargo clásicos! —, con un gesto que no deseo creer sea despectivo? Yo esperaba, sinceramente repito, que Rojas recogiese el oro de buena ley que existe, fuera de duda, en la producción poética de Varela, expurgando en sus cantos líricos la influencia clásica, venga de segunda o de tercera mano, e indicando el esfuerzo que aquel persigue cuando quiere llegar a la cumbre virgiliana, sostenido por Luzán o por Alfieri. Yo esperaba, de seguro con pueril impaciencia (3), que Rojas nos definiera un ideal estético, que de sus magistrales enseñanzas y su sabiduría cabe pretender; ideal estético que en él representante genuino de la raza, tendría claridades de verbo; un ideal como yo lo sueño: henchido con savia de la tierra india y co-

(1).—Resumen final, pág. 638.

(2).— * * * * * 640.

(3).—Bien se me alcanza que es osado pretender reflejar un juicio sobre una obra inconclusa, máxime cuando en una nota (pág. 638), el autor expresa que a su debido tiempo tratará sobre los estudios clásicos en nuestro país; repito, no obstante, que la visión clásica que en esta parte de su historia nos ofrece, se reciente en más de un punto, y que le será difícil dar «efecto retroactivo» a los capítulos posteriores de la misma.

ronado por la lumbre eterna e inmutable de la civilización greco-latina: cuna de pueblos y de artes, de creencias y de amores.

Huyamos, en buen hora, de las academias — por lo mismo que perseguimos el «deseo de la belleza antigua» —, guardadoras celosas del servil precepto y del idioma que necesita aire nuevo para reverdecer en cada primavera, cuyas hojas declinantes se reemplazan por las que rompen encendidas y lozanas, en un continuo germinar, como dice Horacio (1). Recordemos, por tanto, las palabras del más grande humanista de los tiempos contemporáneos y quizá, por ello, máximo poeta: «amo e studio e uso a tempo la lingua del popolo, la nata e non fatta lingua del popolo, tanto piú facilmente, credo, quanto ne ho in casa la fonte e non mi bisogna ricorrere alle canelle dei nuovi academieci popolari: e con tutto questo non mi pèrito né vergogno di dedurre anche quello che mi par bene dal greco e dal latino» (2). El poeta entonces, dueño de su personalidad cimentada en la libertad creadora, refleje — lejos del vulgo profano, del gongórico trinar y los regodeos de las «princesas tristes» y de las «marquesas volubles» —, refleje, repito, en el idioma cargado de nativa fragancia que en «Los Gauchescos» tan íntimamente gustamos; en el idioma, expresión de lo tradicional en lo que ésta tiene de más noble y puro, su emocionado sentir; y marche por la ruta que hollaron los romeros gentiles de Mantua o de Ofanto, si sueña con llegar un día al helénico Paros o al incaico Tiaguanaco.

JORGE M. ROJDE.

(1).—«Arte Poética», 60—62.

(2).—«Prose di Giosue Carducci»,—Bologna 1911—pág. 682.

TEOFILO DE SAIS

La otra Arcadia. — Un vol. de 73 págs. Buenos Aires, 1918.

El celebrado país de la poesía bucólica es la primera Arcadia. La otra, es una tierra de visiones radiosas, tierra del amor, del dolor, del misterio y de la duda, tierra de perdición. Desde aquí canta un nuevo poeta. ¿Será algo así como *Los pastores*, de Poussin, lo que se nos ofrece en este libro que trae el título de estas líneas? No; no hay riqueza pictórica, ni exuberancia de imágenes, ni prodigios de rima, y ni tampoco echará de menos esas cosas que constituyen la poligamia de la balumba literaria el lector que va derecho al tronco de las cosas. Teófilo de Sais no es un orfebre de la lengua de Quevedo. Sus méritos son otros.

La verdad tiene en sí misma una enorme fuerza de sugestión y el que marcha tras ella experimenta, al descubrir cada una de sus etapas, sensación no menor que la del cazador de minas cada vez que de un risco salta ante sus ojos una veta áurea. Teófilo de Sais siente en carne propia el aguijón de los eternos problemas y en amarrarlos a su recta interior, para desentrañar la verdad, halla una forma de voluptuosidad. Versos de esta laya, pocas veces se disfruta por aquí; aquí se escribe ya muchos versos, pero, en término general, ¡qué inasustanciales, qué ualderías!

¿Que todo es pensamiento en *La otra Arcadia*? El que piensa no es, por cierto, un ser desprovisto de emociones. ¡Acaso a sangre fría Aristóteles dictaba en Atenas su curso esotérico de la mañana? Los rapsodas — Macaulay lo dice — caían en convulsiones generalmente al recitar a Homero; y Franklin, preguntaríamos nosotros, ¿no cayó de espaldas al poner su dedo en contacto con la llave fijada a la cuerda de la cometa remontada por su hijo, más que por

efecto de la descarga eléctrica, como consecuencia del júbilo con que comprobaba en ese instante la identidad del rayo y la materia eléctrica? Bien ha dicho Kidd en su obra póstuma recientemente publicada en Londres y de la cual Maezta nos envía buenas noticias: «La razón es la forma más alta de la suma de las emociones que atañen a uno mismo» — (axioma VIII de «La ciencia del poder»).

En estos versos se significa más de lo que se expresa. El trascendentalismo en arte consiste en mirar hacia lo infinito para abarcar mundos ideológicos en frases lapidarias. El que tiene el poder de la síntesis tiene el mayor de los poderes. Unas cuantas frases escuetas pero hondas, muy hondas, bastan para salvar un nombre; es más: en la liquidación de todos los valores, salvarán una época. Tiene el espíritu humano tendencia a ir condensando las ideas. General que atase a su brida la victoria jamás arengó a sus tropas en la hora de la batalla con extensos discursos ni se sabe de epítalo célebre donde sobre palabras. Y bien: en esos *Momentos* de Teófilo de Sais, hay cosas para ser esculpidas en piedra.

He empezado a hablar del libro aludiendo a su última parte. Si volviéramos las hojas, es mucho lo que habría que recapitular, porque cada composición de Teófilo de Sais sugiere un caudal de reflexiones. Veamos una, tomada al acaso:

Hoy se fué. Yo la amaba. No era buena.
—Bien, pensé neciamente. Que la buena
se vuelva para siempre a su zahuda.
Ahora venga la paz, la paz serena....—
Pero lo que ha venido es una pena
desoladoramente absurda.

Es que no se puede eliminar el amor y el dolor al mismo tiempo. Heine pedía un atadío largo, ancho y sólido y doce gigantes para arrojarlo al mar. Y él mismo pregunta y responde: «¿Sabéis por qué es menester que sea tan grande y tan pesado? Porque voy a depositar en él juntamente mi

amor y mis penas». El sujeto de Teófilo de Sais sigue su camino y, naturalmente, se va con la pena.

Veamos ahora cómo este poeta canta al sol:

Soñar... Y lanzarse tras de la Fortuna
por valles oscuros, vestido de harapos,
rezando oraciones, mirando a la Luna,
y escuchando el triste cantar de los sapos.

Pensar... Y en la sombra sentirse vencido
por un homunculus grotesco y deforme;
sentirse aplastado, sentirse oprimido,
como entre las valvas de un molusco enorme...

Amar... Y extinguirse con fiebre de besos
en el fondo helado de un negro cristal,
y dejar que el frío taladre los huesos,
Y... ¡el Sol, Dios mío, el Sol!

Apenas podrá darse una forma tan simple para decir una cosa tan bella.

Y para no reproducir sino un mínimo de lo que hay dentro, vea ahora lo que en mi sentir constituye el nervio de la robusta ideología del libro:

EL PRINCIPIO DE CARNOT

El segundo principio de la termodinámica es cosa que me inquieta profundamente. Veo a su través abrirse un nuevo mundo; y creo que la ley de tal mundo no es de esencia mecánica.

Siento a Cronos vengado del siglo diecinueve, con su universo idéntico, reversible y estático: Carnot, al devolverle su símbolo heráctico, le entrega ese universo para que se lo lleve.

No, no todo en el mundo es mecánica pura: algo nace, algo ocurre, algo pasa, algo dura, algo trueca los números en juicios de valor.

La Moral es posible más allá de la Ciencia. De la materia bruta surgen la contingencia, la libertad... el hábito de un divino Hacedor.

En este minúsculo poema se patentiza de cuerpo entero el temperamento espiritualista del autor. Está ahí en su ni-

vel. Pero él sabe también de la tragedia de la carne, y por eso dice más adelante:

El ser y el debe ser. Ideas y hechos
siempre en penoso esfuerzo disyuntivo.
¡Conciliarán un día sus derechos
lo pensado y lo vivo!
En nosotros, muy íntimo, perdura
ese combate. ¡Quién matará a quién!
Si somos alma pura
somos nervios y músculos también.
Porque tal es la siempre abierta herida
de nuestra vocación:
siempre que somos fieles a la Vida
somos infieles a Platón.

Sería ya el caso de mostrar el reverso de la medalla. ¿Qué hay en el reverso, es decir, cuál es el contra de *La otra Arcadia*? Todo lo que yo tendría que decir al respecto es cuestión de métrica. No parece ser buen molde el soneto, ni aún con las relativas libertades que le son privativas, soneto mayor y sonetillo, porque, fuera de duda, las ideas filosóficas deben tener más campo de acción. Si Boileau dijo que Apolo inventó el soneto para cruz y desesperación de los poetas, fuera bueno, ciertamente, dejar los tormentos que lleva consigo el artificio para géneros menos abstrusos. El verso que en preceptiva se llama suelto es acaso el más desembarazado que tenemos en el idioma apto para composiciones graves de reducida extensión.

Por ahí se advierte un poco de desaliño y, de vez en vez, algún verso prosaico, por ejemplo: el tercero del primer terceto de la composición intitulada *El principio de Carnot*, reproducida.

Acaso podría el autor sostener que eso no es para dicho en otra forma. He ahí, precisamente, una de las grandes dificultades que hay en armonizar la simplicidad de un postulado con los rigores del arte poético. En cambio ¡qué maravillas vienen cuando vienen!; así aquel pasaje de Renan, tomado textualmente, y en su lengua, de la prosa del

escritor francés, y que parece un dígito en la estrofa final de Teófilo de Sais.

En conclusión. El Apóstol, el Filósofo, el Poeta: San Pablo, Sócrates, Verlaine: la Oración, la Verdad, la Armonía, es decir, las tres cumbres por donde más alto sube la espiral del espíritu del hombre. He ahí el trípode sobre que se sienta *La otra Arcadia*.

Tiene este libro una inquietud que hiende nuestra ánima. Es la punta de la espada con que Teófilo de Sais toca las fibras interiores que dormían. ¡Pensar en rima! Bien afirma Bergson que nadie está tan cerca del filósofo como el artista. Las estrofas de este poeta son estrofas de bronce y sólo admitirán, a las veces, pulimento; y por eso, porque son de buen metal, no ha de oxidarlas fácilmente el tiempo. Por lo demás, puede decirse que estos motivos de arte, ya viejos y siempre nuevos en el mundo, entre nosotros son solamente nuevos.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.

ALBERTO BRITOS MUÑOZ

Impresiones. — Un vol. de 75 págs. Buenos Aires, 1918.

Alberto Britos Muñoz es artista y sabe escribir. Acaso la gramática se halla un poco descuidada, acaso la forma de manejar los verbos resulte algunas veces forzada y artificiosa. Nada importa: el autor tiene estilo.

Yo no sé si este libro es bueno o malo. ¡Tanto he oído rechazarlo y ponderarlo! La verdad es que a mí me gusta. Tampoco sé si llena las exigencias de los cánones literarios: a mí me emociona. Hallo en él sensibilidad y sinceridad — honda sinceridad, a veces un poco ingenua. Pero el autor tiene alma — un alma rubia — y por eso canta una can-

ción divina y sin sentidos. Hay en este libro imágenes de alta fantasía y observaciones de un matiz profundo y angustioso: un corazón que ha llorado y ha vivido. En suma: hay estilo.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

MOISES KANTOR

Griselda. — Leyenda dramática. Folleto. La Plata, 1918.

Una leyenda simple y vigorosa en un lenguaje severo y delicado. La aristocracia en literatura consiste en una excesiva sencillez. *Griselda* es una mujer fuerte. *Griselda* es más poderosa que la muerte, pero más débil que el amor.

El autor de esta leyenda ya nos era conocido. Su esbozo dramático «Noche de Resurrección» fué una sorpresa, pero ha hecho imposible — por esperada — toda nueva sorpresa. Esta leyenda es una continuación digna de su anterior drama. En ella el blanco fulgor poético se hermana con un hondo sentimiento trágico. Kantor tiene una tendencia a lo que Zamarianos hacer literatura universal. No olvide, sin embargo, que toda obra de valor literario universal lo es — a pesar de su nacionalismo.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

NOTAS

NOTAS

NOVECENTISMO

Transcribimos gustosos un trabajo publicado en «El Independiente» de la Rioja, el 26 de junio del corriente año, por nuestro corresponsal y colaborador, el Dr. Adolfo Bazán, en cuyas líneas vemos interpretado, luminosamente, los principios que sustentan nuestra fe novecentista.

«Su espíritu, escribíame un bueno e ilustrado miembro del «Colegio Novecentista», disciplinado en normas especulativas más altas que las comunes sugeridas por las aulas universitarias y sus profesores, es un aliado nuestro por virtud de sus propias condiciones y por derecho de juventud». Ante tan insinuante observación y generosa apreciación, acepté la función de corresponsal que me brindaba la comisión directiva del colegio, no sin un previo examen introspectivo, por si las ideas del grupo selecto de jóvenes argentinos empeñados en una lid filosófica tan elocuente, cuanto es dignificadora, coincidían con las mías, las pocas e insustanciales adquiridas más que del estudio, de la duda y la reflexión.

Tengo del «Novecentismo» los respetos que me inspira su orientación profunda y saludable, y, su enseñanza tan es característica que encauza voluntades y modela espíritus.

Son las manos de esos jóvenes aptas para arrojar por do-

quier simientes de optimismo, cerebros fuertes donde parecen florecer al contacto de la vida o la experiencia humana, raros valores morales y estéticos.

Y es que sustentan una doctrina llena de idealidades; marcan un rumbo, y destruyen lo que conceptúan arcaico, dogmático, rutinario, y destruyen no por simple placer, sino en vista de una reconstrucción más perfecta como lo exigía un sabio argentino; en fin, tienen el culto de la ciencia, en tanto ella significa grandeza moral y luz en los destinos de los pueblos.

«Nacido el Colegio Novecentista — reza una cláusula de su programa — de las inquietudes espirituales de unos cuantos jóvenes estudiosos, aspira a ser como el punto de convergencia donde vengan a dar y a traducirse en obra las aspiraciones de la juventud argentina que siente también inquietud espiritual y hondos deseos de renovación».

¿Es una simple especulación mental la que anima a sus fundadores? ¿Es un instrumento de vana concepción filosófica o ética? ¿Es bandera clavada en el camino de la historia humana, como muestra evidente de desorientación? No, responden con profunda convicción; nuestro cuerpo de doctrina es de influencia trascendental para el individuo y progreso de la colectividad; son ideas fuerzas las que imponemos porque dignifican y elevan, pues «nunca se sabrá demasiado» y como lo declara en la portada del «Cuaderno n.º 3»: novecentismo es una iniciativa de proyección ignota, es un cambio de rumbo que aparta de la senda trillada, es un anhelo de nuevos horizontes, es una protesta contra lo marchito y caduco, y agrega, «cuando alguien pueda sentarse a la sombra del árbol cuyo germe hoy plantamos, dirá lo que el novecentismo ha sido».

Lo que el hombre necesita dice Dubois en su libro «La educación de sí mismo», es una fe en un ideal de belleza moral y de esa relación o armonía entre la conducta y ese

ideal nace la felicidad, tras de la cual se extiende la interminable caravana humana con ansias de verdad, paz y justicia.

En buena hora el estímulo e invitación del talentoso amigo, el joven Ventura Pessolano; necesitamos siempre en la vida los andamiós de que nos habla el grande espíritu de Agustín Alvarez, cuando dice «no quiero acsuñar gloria en mi persona para mi país; quiero ofrecer a otros los andamiós que me van sirviendo para reeducarme por si quieren aprovecharlos, y de esa reeducación continuada y perpetua que nos aproxima a una estrecha que es la infinita sed de perfección que domina a las conciencias y las aproxima a un mundo moral nuevo; de esa reeducación nace también el «Novecentismo» que es porvenir, esperanza y alborada, es camino no de mayor caudal sino de más justicia y belleza».

FRENTE AL NOVECENTISMO

Complacidos transcribimos a continuación un artículo del señor Gonzalo Muñoz Montoro; aparecido en el No. 68 de la "Revista del Centro Estudiantes de Derechos":

«El pensamiento, la palabra, la pluma, han sido, pues, en las grandes épocas de ese pueblo la perseverancia de su civilización en un derrotero de altivez e idealidad. Esta condición tradicional obliga como todo timbre de nobleza. La energía de las generaciones jóvenes tiene un precioso estímulo en la necesidad de confirmar ese noble rasgo del pasado y gloria de ellas sería dejar demostrado su permanencia característica, su persistencia en lo íntimo, impidiendo que ese desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor, como un perfil augusto que se apaga en una vieja moneda por

el roce codicioso de las manos». (Página 191 del *Mirador de Próspero*. «La Tradición Cultural Argentina»).

Sirvan de acápites estas líneas de aquel que fué espíritu selecto e índice cultural de la vida americana, como saludo de bienvenida a este Colegio que integran hombres de nuestra generación. Fuera bastante título este solo para que dejásemos de silenciar a los alumnos de esta Casa lo que aquél significa en estos, ya largos, días de crisis integral para la vida de la Patria.

Surgido hace casi un año, de las inquietudes espirituales de un grupo de jóvenes, su permanencia, que pusieron en duda muchos escépticos, queda ya confirmada, y su posible influencia en la orientación y manera de ser de nuestra cultura la apreciará quien quiera, co-tejando la publicación mensual de sus «cuadernos» y las ediciones a que da comienzo «La otra Arcadia», obra de valer, a no dudarlo, cuando a producido juicios tan contradictorios.

Muchas páginas han debido escribir en nuestras mejores revistas los componentes del Colegio, respondiendo a traviesas inquisiciones sobre qué es y lo que se propone este nuevo *ismo* que ha tiempo, dicese, perdió su razón de ser en la vieja Europa. Y esas respuestas y aclaraciones que sus enemigos reputan la mejor prueba de la eneficacia de la institución, son, en cambio, para nosotros, su mejor virtud y la que genera estas acotaciones. Esa carencia de unanimidad en sus gestos, esa falta de precisión en sus alcances, esa revisión diaria y continua a que obliga la desconformidad sobre los puntos concretos que persigue, esa nebulosidad, relativa en el conjunto de la obra a realizarse, dicen de ella más que todas las auto-consagraciones. Significa que se trata realmente de un movimiento revolucionario en

el terreno de nuestra cultura y que por ser tal ha de presentarse así confuso y vago en sus finalidades, corregido y rectificado día a día, a medida que su misma actuación le vaya dando su propia experiencia, y ostentando, como estandarte bajo el cual se aunen los nuevos adeptos, un concepto negativo de algo existente: nuestro grosero positivismo. Toda revolución en cualquier campo de la actividad humana se presenta siempre así, enarbolando como bandera de combate una *rolunda negación*. Esta es la que reúne y alista en las mismas filas a combatientes que vienen de muy diversas regiones, en razón de consideraciones a menudo muy distintas y hasta a veces con ulterioridades absolutamente antagónicas, pero para cuya adquisición cada uno reputa imprescindible o simplemente necesaria la caída de *eso*, régimen, institución o cultura, cuya crítica acerba cobija a todos en empresa negativa, es cierto, pero no por eso menos gestadora de acción.

Observará el lector que al hablar de novecentismo cuidamos prolijamente de calificar *nuestro* todo aquello que con él se relaciona, y es que sólo reputándolo algo eminentemente *nacional* va este comentario en estas páginas. Si fuera un movimiento filosófico puramente, no nos detendríamos a señalarlo hasta tanto él no amenazase influir, para bien o para mal. En la realidad de nuestra vida colectiva. Quedaría reducido a problema de especialistas, ajeno, relativamente, a la atmósfera cultural de esta Casa.

Porque nos hace esperar mucho de él el hecho de que, aunque no se ha llegado a un acuerdo sobre su definición en las reuniones mensuales que realiza el Colegio, éste persista en su obra de valiente revisión de valores colectivos é individuales, los últimos, sobre todo, tan dolorosos, no sólo para quién ha de soportarlos, sino también para quien ha de hacerlos (ejemplo de ello la carta que al doctor Dellepiane dirigiera Korn Villafañe desde el cuaderno número 3, tan criticada y tan aplaudida); porque nos hace esperar mucho de él la valía de los más que han emprendido esta obra y se disponen a mantenerla a todo evento; porque es empresa sana y no tiene peligro de reacción clerical

que alguien le señala; porque bien puede llegar a ser horizonte de nuestra desorientada generación; por todo ello, señálemosle a la crítica serena e inteligente de nuestros compañeros. Ella, la que resulte del análisis de todo y cada uno, dirá si el novecentismo ha de ser el llamado a impedir que el viejo cuño del acápite se desvanezca y confunda en la vaguedad del cosmopolitismo invasor.»

CUADERNOS DEL COLEGIO NOVECENTISTA

La prestigiosa revista «Ideas», del Ateneo Universitario, en su número 16 recientemente publicado, trae la siguiente nota:

«El «Colegio Novecentista», fundado y constituido por un grupo entusiasta de jóvenes animados por un ideal superior de perfeccionamiento, publica cada dos meses una revista intitulada «Cuaderno Novecentista», que, si es pequeña por sus materiales dimensiones, es vasta por su contenido intelectual.»

Dirigida por nuestro inteligente y preparado colaborador Jorge M. Rohde, esta importante publicación, no sólo honra a sus redactores, si que también al medio social en que aparece.

Dicho cuaderno refleja en sus páginas la indole de los ideales que persiguen los «colegiados», así como el carácter de sus tendencias fundamentales, ya en la filosofía, en el arte o en la ciencia.

Cada número trae, además de un sumario interesante por la calidad de los trabajos en él incluidos, una sección de crítica bibliográfica ecuanime y ponderada, dentro, como es natural, de un criterio esencialmente novecentista, que no excluye, por cierto, la amplitud inteligente de los juicios.

Nosotros, hombres jóvenes también y plenos de desinteresados entusiasmos, no podemos menos de aplaudir con espontáneo cariño la aparición de este cuaderno, órgano de un núcleo de estudiosos «descontentos e inquietos».

T.